

LOS PERROS HAMBRIENTOS DE CIRO ALEGRIA

Por

Pbro. Dr. ROBERTO SCHIRO

EL AUTOR

Ciro Alegría nació en una hacienda de la provincia de Huanachuco (Perú) en 1909.

A los siete años inició sus estudios primarios en el Colegio Nacional de San Juan de Trujillo. Enfermo de paludismo hacia 1920 vuelve a la Sierra y se inscribe en el Instituto Moderno de Cajabamba.

Durante el año 1923 cultiva la tierra a la cabeza de doce peones (indios y cholos) y de algunos vecinos en la hacienda de Marcabal Grande: esto le presta ocasión para conocer a fondo la idiosincrasia de aquellos hombres, que serían luego los héroes de sus libros.

En 1924 empieza a frecuentar los cursos secundarios en el Colegio Nacional de Trujillo, que ya lo recibiera antes. Pasa las vacaciones del año 1925 en la hacienda de un tío, donde tiene la oportunidad de conocer de cerca la vida que se hace en los ingenios y plantaciones de caña.

Fervoroso lector, prefiere la novela, pero no le desagrada la poesía. En Cajabamba ensaya sus primeros versos y algún relato. En 1926, poco antes de fallecer su madre, le lee sus versos y un cuento y le confiesa su vocación de escritor: su primogenitora lo alienta.

A mediados de ese año, Alegría se escapa a la Capital e intenta estérilmente publicar un artículo y varios cuentos. No obtuvo trabajo y, alcanzado de dinero, conoce el hambre y pasa algunas noches en los bancos del parque zoológico. En una de sus andanzas tropieza con un tío que lo convence de lo precoz de su aventura y lo decide a volver a Trujillo.

Durante el cuarto año de enseñanza media (1927) los alumnos publicaron bajo la dirección de Alegría, un periódico estudiantil: "Tribuna Sanjuanista"; este pequeño órgano abre a Ciro Alegría, el camino del periodismo, y en diciembre de ese mismo año es ya reportero de "El Norte" (diario de Trujillo).

Por entonces rinde tributo a la moda vanguardista.

En 1930 ingresa en la redacción del diario "La Industria", de la misma ciudad de Trujillo, y en la Facultad de Letras.

A fin de curso se produce un intento fracasado de reforma universitaria y los dirigentes —Alegría entre ellos— son expulsados de la facultad. Por esa época ingresa en el Partido Aprista y dedica el año 1931 a propaganda política y a combatir la nascente dictadura de Sánchez Cerro.

Termina el año en la cárcel y allí permanece hasta julio de 1932 en que la revolución lo libera; pero perseguido y luego capturado, es recluso en el penal de Trujillo. Gracias a un decreto de amnistía recobra la libertad en octubre de 1933.

De inmediato ingresa en la redacción de "La Tribuna" de Lima, donde hace crónicas y reportajes hasta fin de 1934, en que es desterrado a Chile. Allí escribe para "Crítica" de Buenos Aires, y al expirar el año 1935 gana, con "La Serpiente de Oro", el concurso de novela de la Editorial Nascimento.

Al año siguiente forma parte del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile: era el primer extranjero a quien se otorgaba tal distinción.

Poco después debe recluirse en un sanatorio para atender su salud quebrada por la tisis; allí escribe "Los Perros Hambrientos", novela que ganó el concurso auspiciado por la Editorial Zig-Zag y por la Sociedad de Escritores de Chile.

En 1941 gana, con "El mundo es ancho y ajeno", el Concurso Latino Americano de Novela de la Editorial Farrar and Rinehart, de Nueva York, y patrocinado por la Unión Panamericana de Washington. Se lo invita a trasladarse a Estados Unidos para recibir el premio.

Durante los primeros meses de 1942 trabaja en la revista "Selecciones" y luego en la sección de Prensa, y más tarde en la de Radio, de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos, hasta finalizar la segunda guerra mundial.

En 1945 y 1946 escribe para la "Overseas News Agency", un comentario semanal que llega a 200 periódicos de América Latina, y en el verano de 1946 dicta un curso sobre la novela hispanoamericana en la Universidad de Columbia.

En 1948 se separa del Partido Aprista.

De 1941 a 1948 colabora en diversos órganos de la prensa neoyorquina: Una Revista del Norte, Diario de Nueva York, La Prensa, Red Book, Free World, The Nation... y dicta conferencias en varias universidades, "colleges" y otras entidades culturales.

Contratado en 1949 por la Universidad de Puerto Rico, ocupa durante cuatro años la Cátedra de Literatura Hispanoamericana y Técnica de la Novela.

En Febrero de 1953 participa en el Congreso de Escritores Martianos de la Habana, y en mayo de ese mismo año se traslada definitivamente a esta Capital para darse a su labor de escritor y periodista. En 1955 tenía entre manos dos novelas, y colaboraba ocasionalmente en diarios y revistas.

2. BIBLIOGRAFIA SOBRE EL AUTOR

1. *La Gran Literatura Iberoamericana*. Torres Rioseco. Emecé. Buenos Aires. 1951.
2. *Proceso y Contenido de la Novela Hispano Americana*. Luis A. Sánchez Gredos. Madrid, 1953.
3. *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*. Pedro Henríquez Ureña. F.C.E. México, 1949.
4. *La Literatura Peruana*. (6.V.) Luis A. Sánchez. Buenos Aires 1951.
5. *Breve autobiografía de Ciro Alegría*, remitida por el autor al Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras del Litoral.
6. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Mariátegui. Amauta. Lima 1957.
7. *Historia de la Literatura Francesa*. Robert Bazin. Nova. Buenos Aires.
8. Revista "Estudios Americanos". Sevilla.
9. *Tesis sobre Ciro Alegría*.
 - *Patricia Hull*, para obtener el grado de Master, en la Universidad de Columbia.
 - *Elsa Van Canngchen*, para graduarse de Master, en la Universidad de La Habana.
 - *Henry Bonneville*, para graduarse de Doctor, en La Sorbona de París.
 - *Hans Bunte*, para graduarse de Doctor en Letras, Universidad de Hamburgo (Alemania).

UBICACION DEL AUTOR EN LAS TENDENCIAS LITERARIAS DE SU EPOCA

En los países americanos especialmente en aquellos en que la población indígena gravita aún por su número, el indio ha prestado, desde la época del descubrimiento, múltiples temas para realizaciones literarias, con preferencia en el campo de la ficción. Desde dos ángulos han mirado los novelistas al aborigen: algunos prefirieron el aspecto pintoresco y arqueológico de la vida india (literatura indianista) mientras otros han hecho de sus obras, vehículos de apasionadas protestas por la explotación de los nativos por parte de sus amos

blancos o mestizos (literatura indigenista). La primitiva visión caballeresca del indio de Cumandá y de otras novelas románticas análogas fue rudamente sacudida en 1889 por "Aves sin nido" de la peruana Clorinda Matto de Turner (1854-1908) obra en que denunciaba abiertamente el grave problema de la convivencia de indios y blancos. Aún más tarde Valdelomar (1888-1919) pasó por alto la miseria real de la vida indígena y con su exquisito volumen de relatos incaicos, "Los hijos del sol" (1911) inició una serie de novelas dedicadas a leyendas antiguas. De acuerdo con esta doble tradición, una de las más célebres novelas indigenistas, "Raza de bronce" (1919) de Alcides Arguedas (boliviano), es un verdadero clamor de protesta, a la vez que una obra rica en folklore y color local.

Más recientemente el tema ha sido abordado por un grupo de novelistas militantes, que han puesto al desnudo despiadados aspectos de la esclavitud india, por lo general más con justa indignación que con destreza literaria.

Estos jóvenes escritores —ecuatorianos en su mayoría— han causado un escándalo mayúsculo: traslucen soberano desprecio por la gramática, por el estilo, por la sintaxis, y hasta a veces por el sentido común.

Sus padres literarios son Dostoievski, Proust, Gorki, John dos Passos, Hemingway, y aplican sus fórmulas a la escena indígena con extraños resultados. Mezclan el socialismo a la psicología hasta tal punto que alguno de sus personajes nativos semejan casos freudianos y no indios verdaderos. Sin embargo sus obras tienen el indiscutible mérito de mostrar un estado de cosas espantoso y real; las crueldades horribles de los directores de empresas del Putumayo, denunciados al mundo por Sir Roger Casement. Allí fue donde las compañías caucheras promovieron las matanzas más atroces del siglo XX expulsando a los indios de sus tierras, persiguiéndolos y matándolos, u obligándoles a matarse entre sí, de la manera más bárbara.

Así nada resulta demasiado sombrío o despiadado en las páginas de estos escritores, en su mayoría marxistas desenfrenados, que parecen olvidar que el objeto de la novela debiera ser en primer lugar, estético, no político ni social.

El príncipe de estos indigenistas ecuatorianos es Jorge Icaza (1902), cuyo *Huaspungo* (1934) pinta el incendio de los ranchos y el asesinato de los indios por orden de empresarios norteamericanos. Esta novela es en cierto modo epítome de su género: violenta, sangrienta, negra como una pesadilla.

Y es un decisivo alivio alejarse de las escenas de estos cronistas atormentados para gozar de la obra de un talentoso autor que se destaca hoy como prominente escritor indigenista, *Ciro Alegría* (1908). quizá el mejor novelista contemporáneo del Perú. Pero antes de pasar adelante consagraremos una breve digresión a un escritor emparentado con Alegría en el intento reivindicador del indio, pero precursor suyo, y dueño de una técnica distinta, poemática: nos referimos a *Serafín Del Mar* (1900).

Aprista, perseguido; según *Luis A. Sánchez*, hombre nacido para gozar plenamente de la belleza de la vida, y condenado por un régimen político al destierro y a la prisión, a una lucha constante por su felicidad y la de su pueblo. Peregrino de su ideal a través de América, escribe poesías ultraístas y cuentos.

En "*Sol, es'án destruyendo a tus hijos*", aunque hay predominio de la narración, sus alusiones al paisaje son toques pictóricos que traslucen al poeta. Obra amarga, de contenido político-social y corte naturalista, en muchos paisajes pinta los horrores de la prisión, "*fragua de la angustia*" y verdadero infierno dantesco.

En "*La tierra es el hombre*", *Del Mar* narra la trágica historia de cierta comunidad indígena y de uno de sus vástagos más jóvenes. La introducción es poemática y en toda

sus páginas late un canto a la tierra, de hondo significado autóctono. El hombre masa, la comunidad, es el personaje central que da sentido a la vida de aquellos seres. No falta la pintura de costumbres y en general el elemento folklórico que impregna toda la obra en el "sabor de la tierra". Nuevamente las alusiones a la cárcel, ponen una nota amarga que contrasta con la vida sana y patriarcal de la comunidad.

"Los campesinos y otros condenados" se introducen con una autobiografía que denuncia al poeta. De estas narraciones puede Del Mar decir con el inmortal autor del Quijote, que se engendraron —como la mayor parte de sus obras— en una cárcel "donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación"... , pues están fechadas así: Penitenciaría, marzo de 1940.

Estos relatos constituyen una serie de cuadros atormentados, enérgicos reactivos que acusan un aspecto de la realidad social peruana y una denuncia de los atentados cometidos contra los aborígenes. Continuemos ahora con *Ciro Alegría*.

Sobre el mismo tema de los novelistas ecuatorianos la destrucción de un pueblo indio por la codicia de los blancos, *Alegría* ha compuesto una obra de raro colorido y vigor: "El mundo es ancho y ajeno" (1941).

En una novela anterior, "La serpiente de oro" (1935), *Alegría* trasluce sus conocimientos de la vida de los indios y cholos balseros de las márgenes del Marañón, sus luchas contra la naturaleza inhóspita, sus supersticiones y el sutil "sense of humour", rasgo característico de su vida diaria.

Pero, con "El mundo es ancho y ajeno", ha dado la obra cumbre de la novela indigenista moderna. En este libro *Alegría* relata la vida de una aldea india, Rumi; la diaria rutina de un pueblo humilde que vive contento en sus chacras; sus hábitos de trabajo, sus tradiciones y sus creencias religiosas, sus raros tesoros de bondad, su modo de trabajar la tierra con el sistema comunal típico e inmemorial de los indios peruanos.

Alegría crea un cuadro encantador y muestra minucioso conocimiento de las costumbres indias. El héroe es multitudinario, la comunidad de Rumi. Y escribe con fervor y con fuerza al narrar su trágica historia en que se ve cómo, la ambición del terrateniente blanco que quiere ampliar sus posesiones, destruye la pacífica población en connivencia con la ley y el ejército. Las brutalidades de "La Vorágine" se reeditan aquí y finalmente la comunidad es destruida. Algunos de los miembros mueren al resistir a la invasión, y otros son esclavizados en las plantaciones de caucho, otros, en fin, se convierten en fugitivos al margen de la ley, y no faltan quienes desaparecen en las grandes ciudades. Y hasta un intento final de llevar la comunidad a tierras áridas resulta un fracaso y Rumi queda definitivamente aniquilada.

"El mundo es ancho y ajeno" sigue un plan análogo a "Raza de bronce", la otra gran novela indigenista. Ambos autores ofrecen primero una acabada descripción de la vida nativa, luego muestran cómo los blancos esclavizan y matan a los indios. De aquí surge una conclusión evidente: la mejor novela indigenista implica una fusión de las dos tendencias que han caracterizado el género en su conjunto: no basta que el novelista exprese simpatía por el indio y proteste por sus sufrimientos y explotación, si al mismo tiempo no se siente identificado con los rasgos característicos de la civilización indígena, las costumbres pintorescas, las antiguas tradiciones y los valores de la América aborígen.

Cuando se conjugan estas dos condiciones, la novela indigenista se convierte como "El mundo es ancho y ajeno" en una de las más altas expresiones de la ficción hispanoamericana.

Cf. Torres Ríoseco. La Gran Literatura Iberoamericana.

Emecé. Buenos Aires, 1951.

ANÁLISIS DE LA OBRA

1. *Temas, asuntos, episodios, argumento*

En "Los perros hambrientos" coexisten varias acciones, todas de cuño indígena pero sin dependencia recíproca que constituya una intriga o conduzca a un desenlace. Señalamos a continuación las principales:

1. El autor se introduce presentándonos un cuadro eglógico de primitivismo y sencilla placidez: un blanco rebaño de más de cien pares guardado por la Antuca, india pastora que canta yaravíes y dialoga con la naturaleza y con los perros en medio de la desolada inmensidad de las cordilleras peruanas.

De vez en cuando la soledad de la Antuca es interrumpida por la visita del Pancho, un cholito pastor que ensaya tímidos idilios con la niña y echa al viento con su "antara" atormentados "wainos" y yaravíes legendarios. Reaparece la Antuca paciendi su majada en el capítulo V, donde le arrebatan arbitrariamente uno de sus mejores canes: "Güeso". Finalmente en el capítulo XIV, se nos presenta la india castigada y empequeñecida por el hambre, en medio de un puñado de melancólicas ovejas y perros encanijados, añorando al Pancho como a bien perlido para siempre.

2. En el capítulo segundo empiezan las historias de los perros cuyas vicisitudes acompañan toda la obra. Se nos cuenta cómo a Zambo y Wanka los trajo desde lejos el Simón Robles. Pronto fueron perros ovejeros de larga fama en la región a la que poblaron de numerosa y muy ambicionada prole.

En el capítulo VII "El consejo del rey Salomón", reaparece Wanka para llorar a sus perrillos que el viejo Robles mató recién nacidos argumentando que "nuay qué dales e comer".

En el capítulo VIII el hambre, mala consejera, mueve a los perros a invadir el maizal de la hacienda: tres (Mano-
lia, Shapra, y Rayo) pagan con su vida la aventura, mien-
tras Wanka, mordida por el hambre mata y come una oveja
y es expulsada de la casa de sus amos.

En el capítulo XVIII las jaurías hambrientas y vaga-
bundas conmueven la puna día y noche con sus aullidos y
van sembrando las haciendas con sus osamentas. Finalmente
la lluvia pone fin a tantos rigores y Wanka, uno de los pocos
sobrevivientes vuelve a su querencia y es cariñosamente re-
cibida por el Simón.

3. Una tercera trama podemos señalar que empieza a
tejerse en el capítulo III, "Peripezia de Mañu".

Un vástago de Wanka, pequeño aún, es llevado a casa del
Mateo Tampu y allí hace muy buenas migas con el niño Da-
mián. Arrebatado más tarde el Mateo por la conscripción,
Mañú "asciende" y pasa a ser el guardián de la honra de
su casa y de su ama. En el capítulo XVI tras la partida de
la Martina en busca de alimento, Mañú será el único compa-
ñero y égida del pequeño Damián en vida y muerte, pues
cuando el niño, camño de la casa de sus abuelos desfallece,
el fiel animal defiende heroicamente el cuerpecito del furio-
so ataque de los gallinazos. Recibido en casa del Simón, Ma-
ñú, huérfano de amo y de cariño, se da a la vagancia sumán-
dose a las jaurías hambrientas.

En el capítulo XVIII. el can, herido por el azote común,
acaba mansamente junto a la Antuca.

4. El capítulo XVI nos muestra a Güeso arrebatado a
su dueña por los Celedonios: los empeños del animal por
volver a su casa resultan fallidos y termina por convertirse
en "perro de bandoleros"(Cap. XI).

Comparte la suerte de sus amos hasta la aventura final
en que éstos, asediados por el hambre más que por los fu-

siles de los gendarmes, mueren envenenados, y Güeso recibe un balazo en la cabeza en pago de su fidelidad a los dos hampones (Cap. XI).

5. Cabe preguntar aún la historia del indio Mashe y de su familia, restos trashumantes de la disuelta comunidad de Huaira, que desterrados de su solar por la arbitrariedad del gamonal ambicioso, reciben asilo momentáneamente en casa de Simón. El idilio insinuado entre la Jacinta, hija del Mashe, y Timoteo Robles, sufre todas las alternativas del hambre. Tras el latrocinio de su padre, que famélico sustrae las espigas a San Lorenzo, ella, la huérfana, solicita con su silenciosa presencia y su miseria el amor del Timoteo: Simón Robles compadecido acepta a la nueva hija.

Nótese que los capítulos son entidades "a se", con vida propia, a la manera de los de la novela picaresca, y podrían desgajarse sin desmedro del conjunto. Y aún dentro de los mismos capítulos figuran a menudo narraciones y leyendas que llamaríamos autónomas y pleonásticas como las de muchísimo sabor cuya paternidad pertenece a Simón Robles.

2. *El tema del hambre*

Este azote es el leitmotiv de la obra: el hambre es el espectro macabro que pasea su lúgubre y terrífica figura a través de todo el libro: ella preside las acciones principales y accesorias, la vida de hombres y animales. En función de ella están todos los elementos y recursos novelescos: ambiente pesado y hasta trágico, diálogos de tono menor con hondos y elocuentes silencios, el aspecto desmayado de la tierra yerma, la pintura del paisaje torturado a lo Van Gogh.

En los primeros capítulos el tema se insinúa mansamente, luego va reapareciendo cada vez con más insistencia hasta

polarizar la atención del lector y construir una especie de "ritornello" obligado, en casi todos los capítulos y escenas novelísticamente operantes.

El hambre se va presentando en sus múltiples aspectos y consecuencias desastrosas que no perdonan a nadie.

En el capítulo III hace su aparición: "Come perrito... Ya vamos a llegar ya... Se puso a bromear: Hoy es papa, pero ya tendrás tu buena carne, la rica chicha... Te vas a regalar... Ya verás perrito... El aludido no la entendió, y era mejor. De no ser así, tal vez le hubiera creído, sufriendo luego una decepción. Porque lo que comió siempre —cuando comió— durante el resto de su vida, fue maíz molido... (Pág. 29).

Los reclamos del estómago se hicieron sentir nuevamente y cada vez con más urgencia, para todos los animales y más aún para los canes: "Pero si para el hombre es triste el hambre, lo es más para el animal. Las vacas habían resuelto el problema con cactus y pencas. Espinosos y amargos eran, mas el clamor íntimo de la vida no admite evasivas. Las cabras ramoneaban chamiza, y ovejas y caballos hacían valer el ichu reseco y punzante. Pero los perros se sintieron perdidos. En la mayoría de las casas su ración fue suprimida. Tuvieron que lanzarse a los campos y aparecieron las primeras tropas deambulando sin sosiego tras su insatisfecho anhelo" (Cap. XVI, pág. 131).

Caminos y desgracias hacen amigos, reza el proverbio español. y la desgracia hermana en nuestra historia a hombres y animales que comparten la ración del hambre: pero la ración llegó a ser tan parca que el instinto de conservación se impuso a la amistad y empezaron a deslindarse las fronteras del "tuyo y el mío" no sólo entre hombres, sino entre animal y hombre, y animal y animal, y la fidelidad perruna —no obstante el dicho— empezó a desmentirse, el can se rebeló con-

tra sus patrones y el perro-pastor se tornó lobo para su propio rebaño, y para la ubre pródiga que los amamantara. ¡Tanto puede el monstruo del hambre!

"La Antueca subió a un pedrón, y vio a los perros metidos en la cómplice oquedad de una hoyada. Fue corriendo y no quiso creer lo que pasaba. Habían muerto una oveja y se la estaban comiendo. Regañó a los perros, gesticuló, alzó la rueca, pero todo fue en vano. A sus gestos y voces respondían con gruñidos sordos y seguían atragantándose vorazmente. Ya no era la dueña quien daba de comer. Era la que quitaba. Wanka, inclusive, ladró enfurecida" (Cap. XV, pág. 136).

Y al llegar a casa los perros delincuentes con la cabeza gacha y la cola entre las patas, el Simón Robles los desterró del hogar: piedras y leños vencieron los empeños instintivos de los fieles animales de retornar a la querencia.

Pero no para aquí la mala estrella de los canes: las jaurias vagabundas desgarraban la torva inmensidad de las noches puneñas con sus lacerantes aullidos... invadían las haciendas, cambiando retos y trabándose en refriega desigual con los perros de los dueños; durante el día deambulaban gruñendo en anhelosa búsqueda con los ijares hundidos y la boca entreabierta y babeante, semiasfixiados entre nubes de polvo, para tornar a estremecer las soledades nocturnas con su coro bronco y trágico.

El azote seguía "in crescendo". ¡Pobres canes! pronto se les declara la guerra tan despiadada que no se vacila en perseguirlos con tizones y hasta veneno: en breve las haciendas quedan sembradas de perros moribundos o muertos, codiciado presente para las aves de rapiña que se cernían en oscuros y fúnebres círculos congregándose para el sangriento festín... Y hubo perros a quienes el hambre llevó a renegar de su casta y, comiendo a sus congéneres, terminaron envenenados ellos mismos.

"Runruneaba un negro y lento vuelo de aves carnívoras que pasaban en torno de los entecos cadáveres y le sacaban los

ojos primeramente. Siempre hacen así. Tal vez porque prefieren los ojos. Tal vez porque la vida persiste en asimilarse en ellos y al extraerlos quieren apagar su último molesto rastro. Luego los picos curvos desgarraban las panzas y comenzaba el festín... En un bajío se encontraba yerto y despanzurrado nada menos que Zambo. Un congénere que aún vivía, miserable y fatal, se le acercó a paso lento, jadeando en medio de un gruñir tembloroso. Era Pellejo... Titubeó al principio, pero al fin se puso a morder y a engullir las entrañas sanguinolentas... Al poco rato Pellejo se retorecía débilmente. La desesperación agónica se reflejó en sus ojuelos amarillos, por los que pasó relampagueando una turbia tormenta. Después se apagaron" (Cap. XVIII, pág. 167-168).

Pero si el hambre maltrata a los perros no es más benigna con los hombres: pronto la inclemencia azul del cielo niega el regalo de la lluvia y obliga a los campesinos a reducir la ración... El Simón mata los perrillos recién nacidos por no tener con qué alimentarlos.

—"—Nu hay qué darles e comer, y los otros cristianos no los quedarán tamién puese"... (Cap. XII, pág. 75).

Por momentos la suerte parece igualar la condición de animales y hombres y el azote común arranca a éstos ásperas protestas:

... "Hablemos en plata, ser hombre o ser perro, es después de todo bello asunto, pero cuando hay comida. ¿Qué hacen los Robles y todos los campesinos a media ración? Pues blasfemar, ajustarse la faja de colores y dar vuelta como tonos en torno a las chacras mustias" (Cap. VII; pág. 76).

Y con las chacras también el carácter del campesino se mustia: "Era fatigosa la pachorra del paso, y por otro lado el hambre quita el buen humor" (Cap. VII; pág. 122).

"La charla a pesar de todo decayó. Estaban comiendo y vieron que de pronto se terminaba el trigo de sus mates...

Tanto la Juana como las hijas, pese a que la noticia se prestaba al comentario y a mayores consideraciones guardaban silencio" (Cap. VII: pág. 76).

El indio, acabado los recursos humanos acude al cielo en su indigencia y aflora el sentimiento religioso, sincretismo incoherente de fe y superstición, propio de pueblos primitivos, pero siempre sincero y devoto. Esta concepción religiosa, pero tanto infantil, ciñe la intercesión del santo a una especialidad: La Virgen del Carmen es perita en obtener lluvia; los indios la urgen con rogativas y procesiones: "¡Virgen Santísima, socorrenós!" "¡Que llueva, que llueva!" es el clamor angustiado de los rezadores entre las lágrimas de sebo y el amarillento chisporroteo de las velas.

Diez días y la intercesión de "La Gloriosa" les valió, y las sementeras muertas fueron acariciadas por la ansiada lluvia... , pero pronto la tierra volvió a quedar sin jugos y la vida empezó a marchitarse nuevamente.

Mustia y apagada resultó la fiesta de Saucopampa y fue solamente rezada. Qué se iba a comer y beber si alimentos no había, y chicha se hace de maíz y no de piedras. Qué se iba a bailar y cantar si ya no había corazón" (Cap. XIV, pág. 132).

Y al hambre se suma el tormento de la sed; hombres hubo que llegaron a disputarse a tiros y a puñaladas un sorbo de agua para beber. "Agua les proporcionó el cauce pedregoso de las cercanías a fuerza de hundir en los huecos sus manos hechas cuenco y la lengua reseca" (Cap. XVI; pág. 143).

A veces el hambre es una sensación general, indefinida, cenestésica, diríamos: "El tenía solamente hambre —toda la ya de hambres—" (Cap. IX; pág. 101).

El hambre y la penuria engendran añoranza y soledad: "Y la Martina viendo su indigencia pensaba que debía volver al Mateo. Todos lo amaban y esperaban" (Cap. XVI, pág. 142). El látigo de acero del hambre arroja a la Martina del pobre hogar y se va en busca de alimento, y el indiecito Damián se queda solo: "Todos los campos estaban silenciosos y

las lejanas chozas parecían también sin gente o con gente muerta adentro. ¡Mamá! ¡Tatá! Velay, que solamente había soledad" (Cap. XVI, pág. 147).

Al fenómeno del hambre se asocia a veces la espera: "Y esperando, siempre esperando, la Martina resistió silenciosamente el azote de la sequía. Podría vivir aún, no era cosa de marcharse caladamente ahora que él (Mateo) iba a volver. Ella y los hijos y el perro lo habían extrañado mucho. Pero estaría allí de nuevo..." (Cap. XVI, pág. 147).

La Martina aguarda vanamente al Mateo y el Damián. venamente también, aguarda el retorno de la Martina: "Cuántos días, cuántas noches? El tiempo pareció como luz y sombra ante unas débiles y entrecerradas pupilillas..." (Cap. XVI; pág. 147).

Y pareciera que la desgracia fuese más despiadada con los seres más indefensos: acabamos de señalar la soledad y angustiosa espera del indiecito Damián; como si ello no fuera bastante Ña Candelaria, su única vecina no dio más señas de vida.

Una noche robaron al niño su única oveja; se terminó su magra ración... Sólo le quedaba un poco de agua en la calabaza. "El hambre le dolía en la barriga y hacía ver azul, al principio producía una atroz angustia y perenne inquietud agobiante. Pero después se hizo laxitud tan sólo y aflojó los músculos..." (Cap. XVI; pág. 147).

Damián recordó entonces las palabras de su madre: "Si me tardo tuavía y no tienes más qué comer, ándate pa onde mi taita". Y sacando fuerzas de flaqueza, el indio en compañía del fiel Mañu se parte hacia la casa de su abuelo Simón Robles... pero desfallece en el camino y muere: "La fatiga cada vez más intensa doblaba las piernas de Damián... al Damián le fallaron los ojos, un súbito frío le ablandó todo el cuerpo y cayó a tierra: sintió un lejano rumor de campanas..." (Cap. XVII; pág. 148).

Entonces se entabla la lucha homérica entre el can que defiende el inanimado cuerpecito y la voracidad de los cóncores... Escena de bárbara grandeza, de intenso pathos, que recuerda a la bíblica Resfa disputando heroicamente el cadáver de sus hijos a las aves de rapiña. Al fin el difunto es rescatado por el mayordomo Rómulo Méndez, que acierta a pasar por allí.

El Hambre había empezado a jalonar su pasaje con los huesos de sus víctimas: era ésta la más pequeña pero no sería la única. Si la angustia de la hambruna atenazaba todos los cuerpos, con más saña lo hacía con el de ese puñado de indios huairinos que capitaneaba el Mashe y que fueron arrancados de su "ayllu" "como la uña de la carne", por la prepotencia del gamonal: la familia del Mashe llega hasta a comer una gruesa culebra asada que su jefe aporta tras vagar largo tiempo por los campos desiertos. Pero un día ni siquiera halló culebras... y vacilando entre la desesperación y el temor supersticioso, con mano trémula e implorando mil perdones por anticipado, el Mashe se atreve con el rubio haz de espigas que la sencilla piedad de los fieles ofrendara a San Lorenzo. Y luego de tragar las apretadas espigas el indio confiesa ingenuamente a su esposa la supuesta culpa y muere... de hambre: "No he hecho males pero fui yo el que robó el trigo e San Lorenzo... Porque podía traer castigo no lo truje pa ustedes también... Y el Mashe, como si para morir sólo hubiera esperado decir eso, murió dando el suspiro de alivio de quien se tiende a descansar" (Cap. XVII, pág. 155).

Y con sus propias herramientas de labranza le cavaron la tumba entre los alisos porque no tenían sus familiares con qué pagar el entierro.

También a los Celedonios los mata el hambre y no los winchesters del Culebrón y de sus gendarmes: los dos cholos Julio y Blas, sorprendidos en su guarida son asediados por un pelotón de policías: "Y los días corrieron entre hambre y vigilancia hasta completar ocho".

El hambre estrecha su cerco mucho más que los carabineros, y una vez más solidariza a los desgraciados y hasta pareciera borrar las diferencias específicas: "Sin comer ni beber los cholos languidecían día a día... ¡Pero qué tremenda y sangrienta y honda fraternidad aunaba en esos momentos su existencia! Los dos hombres y el perro formaban una entidad aunada por cruentos lazos. La voz de la muerte los estrechaba en una sola angustia y un solo afán de defenderse para sobrevivir" (cap. IX, pág. 100).

Pero Chumpi y sus gendarmes también famélicos, debieron abandonar el estéril asedio. Y los Celedonios que no capitularon ante las balas y el número, urgidos por el hambre mueren alevosamente envenenados con unas papayas preparadas al efecto por el Culebrón. "Pero el Julián Celedón que nunca supo de una vibración en el pulso vio que sus manos se agitaban raramente. Y las piernas y luego todo el cuerpo... ¡Veneno! ¡Veneno! hom..." (Cap. IX, pág. 106). Otras veces el hambre no mata pero abaja a tales extremos la condición humana que la asemeja y hasta pone debajo de los seres inferiores: "Hombres y animales en medio de la tristeza gris de los campos, vagaban apocados y cansinos. Parecían más enjutos que los árboles, más miserables que las hierbas retorcidas, más pequeños que los guijarros calcinados" (Cap. XIII, pág. 128).

Y los indios se lo sugieren al amo para ablandar sus entrañas y obtener siquiera un puñado de cebada: "Patrón... ¿cómo que nuay nada?, sus mulas y sus caballos finos tan comiendo cebada. ¿No vale más que un animal un cristiano? ... Peyor que perros tamos. Nosotros sí que semos como perros hambrientos" (Cap. XVIII, pág. 171). Y en el paroxismo de la desesperación y del dolor un indio implora suplicante: "Patrón, siquiera que el encargao no nos cobre o nos rebaje derecho pal entierro... no tenemos ni onde enterrar a los muertos... Si es en medio del campo las almitas penarían..." (Cap. XVIII, pág. 171).

La escena enterneciera a un tigre pero no al gamonal endurecido como la tierra seca... mas la paciencia y sumisión de los indios tiene su límite, y ante la esterilidad de las súplicas, intentan abordar compulsivamente el granero... y entonces nuevamente el hambre se resuelve en muerte: tres indios caen bajo las balas, mientras los demás huyen desordenadamente.

Ya señalamos cierto paralelismo entre indios y perros: vayan otros ejemplos a mayor abundamiento: ambos con el hambre se tornan peligrosos, invaden la casa-hacienda reclamando alimento y el obstinado reclamo epiloga tristemente para ambos: los indios son despedidos a tiros (Cap. XIX, pág. 173), y con tizones y veneno, los perros (Cap. XVIII, pág. 163-167).

Y hay más aún: "El animal ama a quien le da de comer. Y sin duda pasa lo mismo con ese animal superior que es el hombre, aunque éste acepte la ración en forma de equivalencias menos ostensibles" (Cap. XV, pág. 135); esto nos explica la actitud de Chutín, el perro de la casa-hacienda que "olvídid por un momento su raza y se puso del lado del amo atacando resueltamente" a la jauría invasora... y la del mayor-domo, el indio Rómulo Méndez que también traiciona a los suyos y dispara contra ellos para defender los derechos de su señor.

Otro paralelismo: El indio reclama del amo alimentos aludiendo que los bienes de éste son fruto del sudor del indígena: "Con nuestro trabajo, con nuestra vida sian abierto tuesas chacras, sia sembrao y cosechao tolo que uste come y tamb'én lo que comen sus animales"... (Cap. XVIII, pág. 172).

Pero el argumento es contraproducente: Don Cipriano se enterea y niega más empecinadamente toda ayuda.

Los indios obran de modo análogo con los perros que hasta ayer cuidaron sus ovejas y que en la angustia presente sólo significan un gravamen, y cuando los canes osan apoderarse de alguna res, los despiden a golpes.

"El Simón estaba sentado en el corredor. Llegaban (los perros) con los hocicos rojos y los vientres llenos, colgantes, ahitos.

Tomó un grueso bordón que tenía al lado y se les fue encima. Gritaron ellos huyendo a los garrotazos y él soltó interjecciones y los persiguió acompañado por toda la familia" (Cap. XV, pág. 138). En fin, el hambre es el gran personaje de la novela.

Toda ésta podría definirse como un gigantesco clímax en que el hambre, como angustioso dogal va ciñendo despiadado y sádico a hombres, animales y medio, y los va atenazando, estrangulándolo progresivamente hasta ponerlos en el borde mismo de la tragedia y de la muerte: entonces la intensidad del pathos llega a su cima. Algunos de esos seres infelices sucumben al azote; otros aunque terriblemente castigados siguen arrastrando su vivir dolorido en espera de alboradas redentoras que acaben con la noche de la miseria, de la desgracia y del hambre.

3. *La Naturaleza. Su expresión en la obra.*

El marco de la obra es la imponente y callada majestad de la cordillera andina envuelta en un cielo ora azul ora nublado y amenazador, en el vasto silencio hecho de piedra y de incommensurables distancias solitarias.

A veces las nubes parecen hacerse más pesadas y descender hasta el valle, para reventar en truenos y relámpagos que se clavan como flechas de fuego sobre los picachos y deshacerse en torrentes caprichosos que se precipitan azorados por las laderas.

La austeridad del paisaje casa muy bien con el tema y los personajes; más aún, el elemento natural y el humano están en comunión estrecha: el carácter hurafío del indio es acentuado por un medio hoso y frecuentemente adverso y hasta cruel. El hombre y el animal en una región en que la naturaleza lo es todo, dependen del suelo, y en cierto modo son un producto de él... "la tierra es el hombre".

Esta subordinación del hombre a la naturaleza es por otra parte uno de los puntales de la unidad de la obra, pues en ella se basa el leitmotiv del hambre, es decir la lucha del hombre contra el medio. Pero de esto trataremos luego.

Si el hombre depende de la naturaleza, ésta a su vez debe su lozanía a la "lluvia güena"; cuando hay agua aparecen las chacras con sus siembras logradas, cumplidas, "en vivos colores de bayeta nueva, tal como si fueran retazos de polle-rones: la quinta morada, el maíz verde, el trigo amarillo, las habas oscuras"... Desde la altura de la meseta puneña la vista se deleita en el paisaje polícromo, de serena placidez: "Daba gusto el colorido lozano de los campos de siembra. Los bohíos grises humeaban en medio de las multicolores chacras, un frondoso bosque de eucaliptos rodeaba la casa-hacienda de Páucar. Las quebradas cortaban el paisaje con sus verdine-gras líneas de monte, descendiendo a la encañada llena de bosques formada por el río Yana. Hombres y mujeres de trajes coloreados transitaban por los senderos amarillos. Camino de la altura ascendían lentamente otros blancos rebaños"...

A veces la naturaleza es un broquel para el hombre: así el Marañón alborotado y voraz, hacían de Cañar, guarida de los Celedonios, un bastión inaccesible: "un valle pequeño perdido en un recodo del río, agazapado y escondido entre peñas.

Estas muy abruptas y erguidas no permitían salida hacia el otro lado por mucho que la quebrada se prolongara hacia lo alto formando una hondonada llena de monte. De pronto cortándola, surgían las peñas fragorosas. Quien llegaba a Cañar, caía en un hoyo roqueño sin más salida que la muy peligrosa ofrecida por el río bramador".

Cuando la inclemencia de la sequía empieza a azotar los campos, el hombre comparte las torturas de la naturaleza: se reduce la ración, los campesinos se ajustan las faixas y merodean angustiados por las chacras mustias, ya no son tan lozanos ni se desatan en levendas y relatos autóctonos alrededor de los fogones. Y la naturaleza va capitulando progresivamente

te. "Sólo peñas agudas y pajas amarillas cubriendo las laderas casi verticales por donde trajinaban despaciosamente vaquillas huesudas" (Cap. IX, pág. 91).

Cuando esporádicamente el cielo se ablanda y deja escapar su fresca bendición de lluvia, naturaleza, hombres y animales reviven: y se presencian cuadros de placidez arcádica que recuerdan la legendaria edad de oro cantada por los portos: "Cuando el sol hunde, la tarea en la chaera del hacendado está cumplida. Cincuenta gañanes nativos desuncen sus cincuenta yuntas. Mugen sosegadamente los bueyes encaminándose a los potreros. Se escucha el débil son de la campana del lejano distrito de Saucopampa. Pero los hombres ya han orado entre las melgas, en la noble tarea de la siembra" (Cap. X, pág. 109).

Llovió pocos días. Las murientes siembras se reanimaron cobrando lozanía y tratando de erguirse"... (Cap. XIII, pág. 126). Pero pronto volvieron inexorables y aplastantes los largos días de sequía y la naturaleza se queja como se trasluce en el gráfico y elocuente d'alogismo que sigue: "Toda la naturaleza profería las fatales palabras de la sed y de la muerte, un viento vibrante cruzaba la puna llevándose las nubes, levantando terrales, y rezando largos responsos entre las hojas mustias de los árboles. "No llueve, gimió un agonizante hilo de agua desde lo más profundo de un cauce. "No llueve", repitieron los alisos de la orilla dejando caer sus hojas y contorsionando sus brazos. "No llueve", corearon las yerbas desgranándose amarillentas y confundiéndose con la tierra. Hasta el caserón de la hacienda llegó la voz. "No llueve, admitieron los altos y severos eucal'ptos que los rodeaban, haciendo sonar sus hojas con un ruido metálico" (Cap. XIII, pág. 127).

Todo se enluta y se mustia, hasta la atmósfera pareciera respirar tristeza y muerte: contraste amargo con el cristal azul del cielo en que resplandece un sol bruñido y fulgurante, espectador indiferente de la desolada sinfonía amarilla de la naturaleza.

"Siempre el sol rutilante y ardiente, de crepúsculo a crepúsculo. Y de crepúsculo a crepúsculo siempre el primoroso cielo que reía a la desolación. Las noches parecían interminables. Nunca fueron tan negras, nunca tan hondas. Mugía el viento esparciendo olor a polvo, a disgregación, a cadáver. Si salía la luna frente a la naturaleza muerta, ante los árboles mustios y deshojados fingía presidir una reunión de espectros... (Cap XIII, pág. 127).

La tierra acaba de convertirse en yermo: hasta los pantanos se resecan y el río se reduce a un hilo de agua moribundo, absorbido por el belfo abrasado de los animales: la naturaleza atormentada desde las raíces de los árboles hasta las cumbres de los montes cuyas últimas nieves acaban de desleírse, entra en larga y angustiosa agonía... Un tapiz de hojas secas cubre el suelo, triste y descolorido sudario que oculta al cielo los lúgubres despojos de la tierra.

Finalmente vuelve el verdor de la esperanza y de la vida con el milagro siempre antiguo y siempre nuevo de la lluvia.

4. *Tiempo y lugar*

Tres grandes regiones naturales distinguióremos en el Perú:

1. La Costa: faja de tierra ceñida al Pacífico, seca. Su proximidad al mar favorece el desarrollo de las industrias autóctonas (petróleo, azúcar, algodón).

En esta zona se encuentran las llamadas "ciudades españolas" (Lima, Trujillo, Piura...).

2. La Sierra: está sobre la cordillera de la que descienden los ríos hacia el Brasil; región fecunda, extensa y accidentada, apta para la agricultura. A ella pertenecen las denominadas "ciudades peruanas" (Cuzco, Ayacucho, Arequipa...).

3. La 3ª zona es la Selva; recostada a la Sierra ofrece bosques vírgenes habitados por indios. Región inexplorada y poco explotada en la que hay un solo puerto fluvial importante: Iquitos, sobre el Amazonas.

El problema social, nervio de la novela indigenista, se plantea en la Costa y en la Sierra, donde hay aún mucho elemento indígena. El obrero costeño es de raza yunga (indio regional), negro, chino, o blanco, o en fin, mezcla de estos tipos.

Sus condiciones son en general precarias, especialmente si es campesino. Más que por la legislación obrera obtuvo algunas reivindicaciones mediante organismos y protestas, lo cual provocó sangrientas represiones. El obrero de la Sierra es indígena, algo cruzado con blanco en el Norte.

Su condición es inhumana, según Haya de la Torre: el trabajo extenuante a que se halla sometido bajo la férula de los gamonales, es retribuido con diez o veinte centavos de soldarios. De aquí las frecuentes rebeliones ahogadas en sangre, a veces por el mismo ejército, como la de Ayacucho en 1923. La prensa de la costa finge ignorar estos hechos y ciertos intelectuales de las "ciudades españolas" afirmaron que el indio debe ser tratado como irracional, proposición que fue hasta sostenida en una tesis universitaria.

Es conocida ya desde la época colonial, la explotación del indio en encomiendas y "obrajes", hecho imputable más bien a los encomenderos que a la Legislación de Indias.

Con la independencia no mejoró mucho la situación del indígena y aún subsiste en Perú cierta preocupación aristocrática que engendra una actitud un tanto despectiva para con el pueblo y el indio.

González Prada (1848-1919) levanta la bandera de la reivindicación del indio y ataca todo lo tradicional (virreinato, aristocracia, clero, hispanismo).

Haya de la Torre, Mariátegui, Seraffín del Mar, continuarán la obra de Prada.

Refiriéndonos ya directamente a "Los Perros Hambrientos", diremos que tiene como escenario la Sierra donde el gamonalismo es práctica organizada y legislada, y los hechos que nos pinta el autor pueden ser de hoy como de ayer, pero de data reciente, dadas las características circunstanciales que los enmarcan.

(Cf. Por la Emancipación de Latino América. Haya de la Torre. Buenos Aires, 1926).

5. *El tema social*

Como en toda la novela indigenista nos hallamos aquí ante un planteamiento social: abusos, violencias, pintura sombría de la opresión del indio. No se disimula el tono ético de denuncia y protesta, aporte al mejoramiento de la situación del aborigen.

No se trata pues de una exhumación arqueológica y pintoresca a la manera de Cumandá ni de meras descripciones artísticas: el problema social, económico, agrario, humano en una palabra, ocupa el centro de la novela.

La psicología es superficial: en "El mundo es ancho y ajeno", Alegría calará más hondo en el alma india.

El primer grito airado aflora en el capítulo III: "Peripecia de Mañú", en el que se pinta la dicha de la familia del Mateo Tampu: "El rebaño, al principio de contadas cabezas, fue aumentado. El Damián crecía vigorosamente. Mañú vióse fuerte y hermoso. El vientre de la Martina dio otro hijo. El Mateo trazaba fecundos sureos. Todo prosperaba sobre la tierra" (Cap. III, pág. 30). Pero un día los gendarmes hicieron su fatídica aparición: sus caballos avanzaban prepotentes haciendo cabriolas sobre los tiernos maizales: reclamaron la libreta del Mateo: "Tu libreta e conerición militar. Te estás haciendo el perro rengo..."

Nu hay libreta taititos. ¿diande la va a sacar? No lo lleen, taititos, ¿qué será de nosotros?”.

Por toda respuesta la Martina recibe una bofetada que la hace rodar brutalmente por el suelo, y el Mateo ceñido por una soga que le muerde las carnes, y tras recibir dos soetazos en la cara, es arrastrado por la “autoridad”, y como reza la leyenda romántica: “Pasó un día y otro día; un mes y otro mes pasó...” y pasaron los años sobre la miseria de la Martina y de su casa... pero el Mateo ya no volvió de la conscripción.

“Es así como el hogar quedó sin amparo. No hubo ya marido, ni padre ni amo ni labrador. La Martina hacía sus tareas en medio de un dolido silencio; el Damián lloraba cada vez que afloraba el recuerdo; el Mañu, contagiado con las tristezas de sus amos y apenado él mismo, aullaba hacia las lejanías, y las sierras se llenaban de mala yerba” (Cap. III, pág. 35).

“Y la Martina viendo su miseria pensaba que debía volver” (Cap. XVI, pág. 142).

Pero no paran aquí las miserias de la Martina; que una desgracia llama a otra. El hambre suma sus rigores a los de los representantes de la ley, y la Martina esperando, siempre esperando... determina partirse a Sarún “onde los taitas del Mateyo”. Va a pedirles comida (Cap. XVI, pág. 147).

Y su hijo, el pequeño Damián, castigado por la soledad, la miseria y el hambre se encamina a casa del Simón, su abuelo, por mandato de la Martina; pero, en el trayecto la muerte acude a aliviar su cansancio y su desgracia.

Ciro Alegría pusa aquí magistralmente la cuerda patética, elige con acierto la anécdota y apunta las amargas consecuencias de una ley brutal y arbitraria que destruyó un hogar...

Hace desfilar a cada uno de los miembros de la desgraciada familia y nos muestra las torturas físicas y morales del conscripto, “sufriendo tal vez allá abajo en la Costa el despo-

tismo de cabos y sargentos; el tormento de la esposa a quien el hambre aleja del hogar, y sobre todo el martirio del inocente chiquitín.

Tremenda, patética y avasalladora elocuencia de la muerte del Damián, protesta sangrienta contra todas las injusticias cometidas contra los aborígenes y condensadas aquí en el monstruo del hambre.

Otro rudo grito de protesta lo constituye la suerte de los Celedonios: dos estampas de bandoleros que terminan por hacerse simpáticas al lector, no obstante su poco honrosa profesión, en oposición a Chumpi, y especialmente al subprefecto.

El capítulo "Las papayas" se introduce con la pintura de uno de esos "personajitos", especie de procónsul o sátrapa de provincia, que esquilma a sus súbditos para allegar fondos y volver a frecuentar, aunque sea momentáneamente la sociedad limeña.

Después de todo es ello una manera de vengarse de esa misma sociedad que un día se había desmembrado de él como de un ser pleonástico o redundante.

El prefectillo ve temblar su trono; debía realizar alguna proeza para "ganar méritos" y desarmar a sus adversarios.

No era bastante a su celo remitir "mestizos subversivos" a la Capital ni obtener coercitivamente firmas en adhesión al oprobioso régimen imperante... ahora era preciso "acabar con el bandolerismo"... Así lo declara él mismo al alférez Chumpi, alias Culebrón, de cuya brutalidad se valdrá para eliminar a los Celedonios.

El subprefecto recorre toda la escala que va del halago a las promesas, pues su "jefe de policía" desconfiaba con razón de los estériles ofrecimientos de ascenso; finalmente unas "co-pitas" y el amor propio del gendarme, hábilmente azuzado, consumaron la obra. La suerte estaba echada sobre los bandoleros: debían ser apresados vivos o muertos.

Quiso la mala estrella de los Celedonios que fueran muertos; ¡y de qué extraña manera!

Tras prolongado asedio y hambre son envenenados por las papayas que la cobardía y espíritu vindicativo del Chumpi preparara previamente, porque los wincesters de sus gendarmes no fueron capaces de hacer capitular a los bandoleros...

También aquí el autor clama implícitamente contra una sociedad cuya indolencia y burocracia hacen posible y hasta justifican estos vergonzosos hechos. Y nuevamente nos hallamos ante un fáctico pero elocuente reclamo de justicia, esta vez en favor de los dos bandoleros, que al fin son cholos.

También se trasluce la intención de crítica social en la relación de la historia de la destrozada comunidad de Huaira: aparecen en ella los personajes típicos de la novela indigenista: el gamonal prepotente y el indígena oprimido y equilibrado.

Los nativos intentan resistir, pero los máuseres pueden más que los machetes y hondas, y los indios son proscritos de las tierras del "ayllu" que les perteneciera desde la época remota del inca. Un puñado de estos indios desterrados se llega hasta la hacienda de D. Cipriano implorando "un lugarcito más que seya pequeño... La comidita... Cebada más que seya... La semillita también... (Cáp. XI, pág. 115).

Pero deben buscarse hospedaje en casa de los colonos: y al recibir Simón Robles en su bohío a los de su raza con quienes lo hermanaba más que la sangre, la desgracia, prorrumpe: "Pero ellos (los blancos, ricos) tienen nomá sequía e los ciegos... Nosotrus, los pobres, tenemos siempre sequía e justicia, sequía e corazón"... (Cap. XI, pág. 118).

Y cuando el hambre hace crisis, indios y cholos rodean la hacienda "como bandada de cóndores"... ¡Qué cosas vio allí el Simón Robles! "¡Todo ese largo tiempo hecho dolor había rasgado las bocas, comido las mejillas, empañado los ojos, desgreñado las cabezas!"...

D. Cipriano se descarga sobre los huairinos: "¡Vuélvanse a Huaira!" pero allí los había echado el nuevo amo: "¡Agrandezcan que no los mato como a perros... Váyanse!" (Cap. XVII, pág. 170).

Y también D. Cipriano les repite:

"Váyanse, no hay nada, y no puedo hacer nada".

Y aquí tomó la mano el Simón Robles: "Nosotros sí que semus como perros hambrientos... yo tuavía tengo poco, petrotos pobres, esos huairinos botaos por los campos buscando, llorando, suplicando... y nunea hallan nada... ni robar pueden. Y tenemos mujeres y también hijos. Piensen lo di usted, patrón... Hágalo po su mujer y sus hijos (Cap. XVIII, pág. 172).

D. Cipriano se endureció como una peña y tronaron sus amenazas. Fue entonces cuando indios y cholos, en su desesperación intentaron asaltar la terraza, pero los winchesters del granjero se impusieron a la desesperación de los indígenas, y tres muertos fue el triste saldo de aquel reclamo.

El autor ha llevado su crudo drama humano al desenlace: al enfrentamiento de la indigencia absoluta del aborígen con la opulencia y dureza del blanco, y el choque ha sido sangriento.

Acabaron las razones del Simón y hablaron las balas, y una vez más —como entre brutos— prevaleció, no el derecho sino la ley del más fuerte.

Ciro Alegría sale por los fueros de los epígonos de una raza heroica aunque paria, que siglos ha, camina hacia su triste ocaso; el novelista hace un análisis valiente de la tragedia, una suerte de psicovivisección de la realidad peruana indígena, que él siente como suya, ya que también él es indio.

Robusto y tormentoso este trabajo de Alegría. El autor filósofa con la punta acerada de su pluma que de pronto se trueca en espada que hiere y rasga la realidad autóctona para descubrir un panorama de angustia.

El indio puede hacer suyo el inmortal monólogo predestinacionista del héroe calderoniano y preguntarse qué delito ha cometido para que se cierna sobre él un destino tan despiadado y maligno... y por qué esa naturaleza salvaje y virgen con la que vive hermanado, es más libre y feliz que él siendo que él está animado por un soplo inmortal y trascendente.

Alegría se identifica con su problema, se consubstancia con él, no lo mira con el frío cristal del intelectual ni lo usa como mero recurso literario a la manera de Mansilla en "La excursión a los Ranqueles"; en esto se asemeja al Hernández del "Martín Fierro": hace suya la tragedia del personaje y su sangre india le llevará a proferir uno de los gritos más agudos del indigenismo de la América hispánica: "El mundo es ancho pero ajeno".

Pasamos por alto cierto determinismo histórico subyacente que trasluce la obra; Alegría concluye que el indio es un infra-hombre sobre el que pesa un hado fatal y en quien se cumple, inevitablemente, aquella copla gaucha:

"En su boca no hay razones
aunque la razón le sobre
que son campanas de palo
las razones de los pobres".

Pero brilla al fin entre la cerrazón de la tormenta un rayo de esperanza que diluye los tonos amargos: "el viejo, radioso milagro de la "iluvia güena" que desciende como una bendición.

Todo revive, hombres, plantas, animales... y la esmeralda del paisaje es un grito de esperanza que ahoga poco a poco "el alarido blanco de los huesos y la memoria hecha cruz de los muertos".